

# MEZQUINDAD Y NADA MAS



¿LA NUEVA HUMANIDAD! ¿LA NUEVA HUMANIDAD? Eso será fuera de aquí, fuera de España, que lo que es aquí no pasamos de la vieja españolidad. Iba a escribir *la eterna...* pero no, no.

Me dicen que es este un semanario joven, apasionado y rebelde. Joven sí, pues que lleva pocos números de vida. Y eso que en este país en que se nace viejo... ¿Apasionado? Es lo que echo de menos en el ámbito en que nos peleamos a alfilerazos y, cuando más, lanzándonos unos a otros pellas de nieve mezclada con barro, como los chicuelos que juegan a la pedrea después de una nevada. Pasión es lo que nos falta.

O hay más bien eso que se llama pasiones frías, reconcomios, celos y mezquinas

¿Pero aquí? No hay sino ver cómo responde la clase gobernante, al servicio de la burguesía patronal, a los ataques de la desesperación del proletariado, hambriento más que de pan, de justicia. La represión del movimiento sindicalista es algo mezquino y miserable, algo sin grandeza ni valentía. Las condenas son tan cobardes como los indultos. Se da palo de ciego y se procede por ataques histéricos. Desde lo alto, desde lo más alto del Poder público, viene un soplo de mezquindad. Se buscan pretextos de clemencia, de una clemencia rencorosa y casi mercenaria. Se trafica con el perdón oficial. Se inventan delitos para poder mostrar la generosidad de perdonarlos.

Todas las almas fuertes tienen, o que consumirse en su propio fuego, sin lograr romper con él el hielo ambiente, o tienen que emigrar. Y esto aunque los cuerpos que las albergan se queden aquí.

Recordamos a aquel pobre hombre que allá, en junio de 1917, parecía uno de los árbitros de los destinos de España, y al que después de expulsado, injustamente, del Ejército por uno de esos Tribunales que se llaman de honor, el mismo Poder público le procuró, por mano oficiosa, un modo de vivir lejos de la patria. Y aquella condena, además de injusta, ilegal, del Comité de huelga de 1917, en vista de la inevitable amnistía y para poder cacarear ésta. Es decir, lo que se quiso fué un indulto, mas no fué posible. El pueblo no habría aceptado tal mezquindad.

Todo, todo miserable, todo mezquino, todo cominero, todo protocolario. Parece que hemos vuelto a la triste época fernandina del siglo XIX. No hay grandeza, no hay majestad, sino pequeñez y mezquindad en la represión, en la contrarrevolución.

Y no, no vendrá ese Gobierno fuerte de que hablan algunos. Toda fortaleza asusta. Porque la fortaleza es pasión y es amor. Es amor, hasta para aquellos contra quienes lucha. La revolución mata por amor, por amor a aquel mismo a quien mata; pero la reacción también. En los ardorosos tiempos inquisitoriales se le quemaba a uno para mejor mandar su alma al cielo, pues el reo, convicto y confeso, moría reconciliado con el Dios del verdugo. Había una grandeza, una majestad, hasta en aquellos infernales procesos. Pero hoy ¿y aquí? ¡Pequeñez, mezquindad!

¿Rebeldía? Lo terrible es que no se teme a los rebeldes. Acaso porque nada pueden quitar de aquello a que los otros se agarran. No se les teme, pero se les tiene tirria porque distraen, porque molestan, porque interrumpen la siesta, porque no dejan hacer nada. Y cuantas veces los rebeldes atacan, se encontrarán con la resistencia de un colchón o de un montón de arena.

Y no se diga que es una sabia resistencia, que es obra de una táctica bien meditada. No, no es nada de esto. Es la defensa de la ostra.

Si, si; ya podéis predicar la nueva humanidad en esta vieja españolidad, en este miserable reino de España. Su mezquindad seguirá durando. Y seguiréis oyendo en su Parlamento graznar a las cornejas y croar a las ranas. Guisarán un Presupuesto, como si esto fuese la más alta misión de los apoderados de un pueblo, y abandonarán toda política a los que profesan renegar de ésta, a los supuestos apolíticos, que son ya los únicos que hacen política aquí.

¿Se caerá ello solo? No, nada se cae solo. El árbol muerto sigue en su sitio hasta que, carcomido, lo tumba un vendaval o le quema un rayo.

De cuando en cuando, la canalla gobernante habla de la pacificación de los espíritus, y por aquello de «si quieres paz, prepara guerra», arma una guerra, más bien guerrilla. ¡Pero qué guerrilla! Todo de mezquindades, de pequeños ataques cobardes, de persecuciones policíacas. La política descende a lo más fangoso y miserable, a la policía. Nos gobiernan alguaciles. Y no hay, hasta lo más alto del Poder público, más que alguaciles.

Esto no es un reino; es un alguacilado.

Miguel de UNAMUNO



ruindades. Y ni el frío de hielo que quema, ni el frío infernal del Dante. Porque cuando éste se acercó al infierno con Virgilio, les gritó Caronte que iba a llevarles a las tinieblas eternas, al calor y al cielo:

nelle tenebre eterne, in caldo e in ghielo.

(Inf. III, 87.)

Era el hielo que abrasa como el fuego. Y aquí el hielo no abrasa. Ni la envidia es grande.

Esos llamados crímenes sociales de Cataluña son lo único casi que nos hace vivir en el infierno de la nueva humanidad, de la que, atravesando ese infierno —la revolución—, marcha a ver estrellas nuevas, otro cielo. Porque el mismo Dante, al narrar el término de su travesía del infierno, dice que salieron a volver a ver las estrellas:

e quindi uscimmo a riveder le stelle;

pero no nos dice que fué a ver otras estrellas, las de otro mundo. Que no se pasa por un infierno sino para llegar a un nuevo cielo, a una nueva humanidad.

